

ECONOMÍA Y ENVEJECIMIENTO

Cambios socioeconómicos y sobrevivencia de la población mayor

Carlos Welti Chanes*

El interés científico por analizar el impacto de la estructura por edad en el sistema económico no es nada nuevo para la demografía; sin embargo, en décadas recientes éste adquiere mayor relevancia para explicar tendencias de largo plazo e incluso situaciones ligadas al ciclo económico.¹

En la segunda mitad del siglo XX se atribuyó a las elevadas tasas de crecimiento demográfico el mantenimiento de condiciones de subdesarrollo. Esta determinación impidió identificar los orígenes estructurales del subdesarrollo, pero justificó ampliamente la necesidad de reducir la fecundidad.

Paradójicamente la disminución de la fecundidad ha generado un envejecimiento acelerado que da lugar a nuevas problemáticas económicas asociadas ahora a la cúspide de la pirámide poblacional.

No es exagerado sostener que el fantasma de la explosión demográfica que recorrió el mundo en el pasado ha cedido su lugar al fantasma del envejecimiento.

La economía del envejecimiento ha estado concentrada en el análisis de las implicaciones que sobre el sistema tiene la sobrevivencia de los viejos, con sus propios recursos producto de la capitalización de sus ahorros, o con las transferencias de la sociedad a través de sus instituciones, ya que se prevé que éstas, desde la familia al Seguro Social, no dispondrán de recursos para garantizar esta sobrevivencia. Sin embargo, la problemá-

tica del envejecimiento supera este tema central y debe ser incorporada en la discusión de los grandes problemas nacionales.

El vínculo entre demografía y economía en el caso del envejecimiento, se establece a través de la relación de dependencia, pero ésta es simplemente una relación aritmética que hace abstracción de los niveles de empleo, las tasas de participación en la actividad económica por edad y la productividad del trabajo.

Casi 40 millones de personas constituyen en la actualidad la Población Económicamente Activa (PEA) según los

datos censales. En las próximas dos décadas la PEA llegará a 61 millones según las proyecciones en esta materia (CELADE, 1996).² Si la capacidad de creación de empleos respondiera al crecimiento de la PEA, la modificación en la relación de dependencia producto del envejecimiento no debería constituir un factor de desequilibrio económico, porque el envejecimiento de la población ocupada no necesaria-

² CELADE, 1996. *América Latina: Población Económicamente Activa 1980-2025*. Boletín Demográfico, No. 57.



* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

¹ Desde los años treinta, economistas como Keynes trataron de estimar la posible asociación entre la reducción del crecimiento demográfico y la gran crisis de la economía capitalista, no debería sorprendernos ver ahora análisis dedicados a explicar la recesión en estos primeros años del siglo XXI con argumentos demográficos.



mente tiene efectos negativos sobre la productividad. El mayor efecto sobre esta variable lo genera la disminución de la movilidad de la fuerza de trabajo que limita su capacidad para encontrar la mejor ubicación en los sectores productivos.

Además, los efectos económicos del envejecimiento son una cuestión crítica en épocas de ajuste estructural, porque la necesidad de lograr el equilibrio fiscal constituye un problema de corto plazo, cuya solución pasa por la reducción del gasto público dedicado a la población mayor. La solución que se ha tomado en países de la región ha transitado ya por esa vía.

Este tipo de decisiones que afectan a los viejos, por ejemplo, a través de la reducción de las pensiones, tiene resultados poco significativos sobre el equilibrio fiscal, ante el monto de la deuda externa que para este país superó en junio de 2001 los 85 mil millones de dólares.

Una población de consumidores con una edad media cada vez mayor tiene profundas implicaciones sobre la demanda agregada, tanto por el cambio en la distribución del gasto, como por la contracción del gasto *per cápita* que supone la caída del ingreso entre las personas que se retiran de la actividad económica. Adicionalmente, la evolución de la economía hace que las personas modifiquen la relación entre consumo y ahorro según sus percepciones. Así, la crisis de 1994

en México hizo que el ahorro de las personas mayores se incrementara ante la incertidumbre en el futuro, a costa del consumo, según la información de las encuestas de hogares.

A nivel del consumo privado el ciclo de vida determina un perfil de gastos, de tal forma que la proporción dedicada a la salud se incrementa entre los viejos, lo que implica no sólo una disminución del gasto en otros servicios sino en rubros básicos como alimentación y cuidados personales.

En México se sabe relativamente poco sobre el impacto que el envejecimiento tendrá sobre la demanda agregada, pero es fácil suponer que algunos sectores productivos deberán adecuarse al nuevo perfil etario de la población.

En el caso de la vivienda, si bien la disminución en la población de adultos jóvenes, que constituyen los mayores clientes de este mercado, puede reducir la demanda de bienes inmuebles, no debe perderse de vista que el incremento de la sobrevivencia hará que para aquellos que tienen la posibilidad de heredar la casa de los padres, esta posibilidad sea cada vez más remota.

En este sector, un aspecto no visualizado es que la vivienda de interés social no fue pensada para los viejos. Llegar a los departamentos situados en pisos superiores se convierte en una odisea para la población mayor. La situación demográfica nunca ha sido tomada en cuenta por los constructores de vivienda en México porque sin duda incrementa sus costos.

Los servicios también deberán adecuarse a las necesidades de los viejos. Deben reconocerse situaciones tan elementales como la comercialización en los grandes supermercados, que en realidad son bodegas de almacenamiento, en las que el consumidor pasa a formar parte de la cadena de distribución y estas instalaciones no están hechas para ser recorridas por los viejos.

A pesar de que la movilidad de la población más vieja se reduce, su transportación implica un costo mayor porque el transporte público debe adecuarse a sus capacidades físicas. Incluso la velocidad de desplazamiento a pie deberá tomarse en cuenta en los sistemas de vialidad para posibilitar que los viejos puedan cruzar las grandes avenidas sin contratiempos.

Así, enfrentar las condiciones de una población en envejecimiento implica mayores costos económicos.

En el caso de las transferencias intergeneracionales sólo se ha dedicado atención a la que se produce en un sentido, es decir, de las generaciones más jóvenes a las generaciones más viejas; no obstante, la reducción en el número de hijos posibilita incrementar el monto de recursos *per cápita* que los padres dedican a sus hijos, incluso con la caída del ingreso real, porque es cada vez más frecuente en las familias, que tanto la madre como el padre sean generadores de ingresos. De esta manera, la inversión familiar en los hijos constituye un elemento sustantivo de creación de capital humano que actúa sobre la productividad, variable que determinará la capacidad real de sostener a la población que se encuentre fuera de la actividad económica.

Por cierto, un efecto económico de la mayor sobrevivencia de los viejos está relacionado con la posibilidad de hacerse cargo de sus nietos y facilitar la participación de las mujeres jóvenes en la actividad económica extradoméstica.

Si la capacidad de ahorro y la utilización de éste en inversión productiva es afectada por la evolución demográfica de un país, a nivel global la movilidad del capital y el envejecimiento estarán también relacionados. El envejecimiento acelerado de la población en países de Europa o en Japón, que lleva a una disminución del crecimiento de la fuerza de trabajo, hará que el capital que busque mantener su rentabilidad se mueva hacia países como México, con una capacidad productiva que puede ser aprovechada por el crecimiento de la PEA en las próximas décadas.

La atención que reclama la economía del envejecimiento pone en un primer plano la tradicional pregunta que se hace frecuentemente a los especialistas, con respecto a si existe una tasa óptima de crecimiento demográfico para una sociedad concreta. Es decir, ¿cómo hacer compatible la evolución demográfica con una estructura económica que permita maximizar el número de individuos que viven en condiciones de bienestar?

Puede sostenerse que responder a esta pregunta es un asunto de economía política a cuya elaboración sólo contribuye el análisis demográfico, y que el envejecimiento como problema económico se resuelve con decisiones que afectan la distribución de recursos entre los grupos sociales y entre las naciones. **DemoS**